

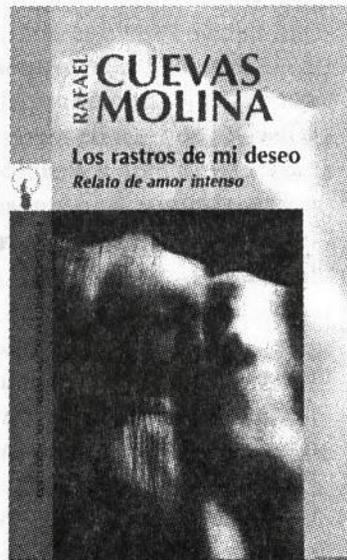
## LA BÚSQUEDA DEL AMOR COMO TAREA DEL HÉROE



Rodrigo Soto

Supongamos por un momento que Ulises no se resiste a la seducción de Calipso, y que más bien resuelve suspender en la isla de Ogigia su viaje de retorno a la tierra patria, pues por fin ha encontrado lo que desea.

En ese caso Ulises no sería el héroe del pueblo aqueo, ni su leyenda habría sido cantada por Homero ni llegado de esa forma hasta nosotros, pero tal vez se habría librado de muchos padecimientos y desvelos, y al lado de Calipso, habría envejecido en medio de dulces palabras y dolientes goces, y quizás habría criado con ella hijos y nietos.



Más importante aún, quizás Ulises habría emprendido no un viaje exterior por los océanos y las islas, sino en un

viaje interior, no menos difícil ni menos accidentado, al cabo del cual tendría una imagen más completa no sólo de sí mismo, sino también de la mujer con quien comparte su vida, y por ese camino, de la existencia humana misma.

Es usual que cada época proyecte en los textos clásicos sus propios valores, haciendo de esta forma una lectura siempre nueva de ellos. Es esto, justamente, lo que los convierte en clásicos.

Sin embargo, suponer que la motivación principal de Ulises en su viaje de regreso a casa es el amor a Penélope, como algunos han querido hacerlo, resulta demasiado forzado.

Todos sabemos que a Ulises lo mueven el amor a su tierra y la salvaguardia de su honor, y que la importancia de Penélope depende exclusivamente de estos factores. Pero el honor, tanto en el sentido de la antigüedad clásica como en el moderno, perdió preeminencia en la cartografía de los valores sociales, al punto de que hoy nadie se ocupa de él. ¿Pue-

de pensarse en algo más ridículo que un duelo?

¿Cuáles pueden ser, entonces, "las tareas del héroe" en la actualidad? Creo que algunas de estas tareas han existido desde siempre, y se relacionan con profundos anhelos de la humanidad como la búsqueda de la justicia, la búsqueda de la verdad, la búsqueda de la belleza... Pero, de Werther en adelante, una de las tareas del héroe moderno será la búsqueda del amor.

En efecto, aunque sus orígenes pueden rastrearse hasta la más remota antigüedad en mitos como el del Andrógino platónico, el amor, en el sentido contemporáneo de experiencia eminentemente subjetiva y emocional, al mismo tiempo que trascendente, es una invención relativamente moderna, como nos lo revela Octavio Paz en su ensayo *La llama doble*.

Por su naturaleza subjetiva e íntima, el tema de la búsqueda del amor nos remite, antes que nada, a la literatura lírica, en donde la noción del héroe tiende a desaparecer. Por eso, la idea de un héroe cuyo

móvil principal es la búsqueda del amor, resulta en alguna medida contradictoria. No obstante, tiene una escandalosa actualidad.

Valgan estas consideraciones previas para abordar el comentario de la obra *Los rastros de mi deseo*, del colega Rafael Cuevas Molina.

El libro, que tiene por subtítulo "Relato de amor intenso", está narrado en primera persona y estructurado en tres partes: En la primera, titulada "Los rastros íntimos", el narrador evoca, recrea, reconstruye y reflexiona acerca del significado, las implicaciones y dificultades de su encuentro con la amada. Esta primera parte está escrita directamente para ella: hay un "yo" que le habla a un "vos", en una especie de homenaje emocionado, de prolongada declaración de amor. En la segunda parte, titulada "Los rastros de las ofrendas", la amada adquiere nombre propio: Clara. Aquí, además de Clara, aparecemos por primera vez los lectores. El narrador habla de su experiencia con Clara para alguien más, que somos nosotros, los lectores. Esta misma

característica se mantiene en la tercera parte, titulada "Los rastros esquivos".

Hasta cierto punto, puede inferirse que las tres partes del libro corresponden a tres momentos de la relación de Clara y el narrador. La primera, con el encuentro entre los dos personajes; la segunda, con la cotidianidad de una relación amorosa, convertida ya en relación conyugal; la tercera, con las dificultades de una relación conyugal consumada, consolidada y, en alguna medida, también desgastada por los años...

Se trata pues de la exploración, por parte del personaje narrador, de tres momentos o facetas de una relación amorosa: el encuentro, la cotidianidad conyugal, las certidumbres y crisis que vienen con los años. No obstante, desde el inicio del libro la relación se ha consumado. Es decir, el texto es una mirada retrospectiva, abarcadora, que el narrador lanza sobre la totalidad de la vida compartida, como una suerte de homenaje a la amada, pero también para extraer de ahí enseñanzas y conclusiones.

En otras palabras: más que frente a un relato, más que frente a una narración, estamos ante una especie de meditación poética sobre el amor. Si no detestara el término, casi diría que se trata de una "prosa poética", aunque me parece injusto hacerlo, también porque en el texto finalmente hay cierta acción narrativa y se identifican personajes.

En este libro, a Rafael Cuevas no le interesa contar una historia de amor; no le interesan los detalles ni las anécdotas; no le interesa, en resúmenes, el *cómo* de una relación en particular, sino más bien explorar el significado y las implicaciones de la experiencia amorosa, particularmente para el narrador.

Y esta mirada sobre la experiencia amorosa es profunda y reveladora.

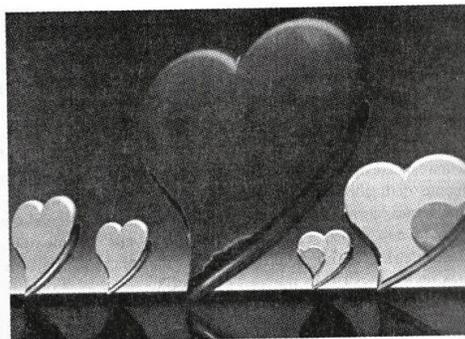
#### ¿Qué nos dice Rafael del amor?

Además de las constantes tensiones entre el "tú" y el "yo"; entre comunión con el otro y disolución en el otro; entre autonomía y enajenación,

que caracterizan al amor moderno (es decir, al amor entre iguales), que han sido exploradas por otros autores y que Cuevas aborda con propiedad y solvencia, me resulta, en lo personal, particularmente fecunda su idea del amor, de la experiencia amorosa o —mejor aún—, del ser amado, como ordenador del caos subjetivo, es decir, como principio ordenador del mundo.

El pasado no revela su sentido sino a la luz de la experiencia que aporta el encuentro amoroso. Aún cuando en su momento creyéramos que los pasos que dimos previamente estaban bien encaminados y eran certeros, el encuentro amoroso nos revela su precariedad, su carácter azaroso y equívoco, aunque finalmente sean redimidos por el presente: el pasado solo se justifica en tanto me trajo a tus brazos.

"Sos la dadora del sentido, la organizadora de los recuerdos, el imán que atrae lo importante y lo resalta contra el fondo oscuro, la que al atravesar las estancias ilumina los rincones apartados,



cargados de humedad y olor a encierro." (p. 6).

El amor es así vehículo de conocimiento, camino de conocimiento, que revela, no tanto al otro, como a uno mismo.

Sabemos con certeza cuánto significa este encuentro para el "yo narrador" del relato lírico (porque quizás es eso, un "relato lírico", aunque la idea parezca contradictoria), pero no tenemos forma de saber lo que significa para Clara.

Podemos presumir que su significado es parecido para ella, aunque en la tercera y últi-

ma parte del libro, se establece que para Clara hay un "afuera" un "más allá" o "exterior" de la relación que resulta deseable, invitador, atractivo, lo que no sucede en el caso del narrador. Para él todo el sentido, todo el significado de su existencia, se condensa en aquella relación.

Reveladoras y hermosas son las reflexiones sobre la dádiva, sobre la entrega, que ocupan casi toda la segunda parte del libro. En esta parte, la narración se hace menos abstracta y se llena de objetos y detalles concretos: verduras, frutas, piezas cerámicas, campanas, inciensos, vinos, anillos...

Cosas tangibles, materiales, que le dan cuerpo, materialidad, existencia, a los sentimientos...

Fueron estas páginas las que me sugirieron la relación con la Odisea. En ellas, vemos a una especie de Ulises devotamente dedicado a saciar las apetencias, curiosidades y caprichos de Calipso. Ella permanece en la gruta-hogar, mientras un afanoso Ulises trae de sus viajes cotidianos numerosos recuerdos y presentes colectados expresamente para ella.

En esta parte el equilibrio parece perfecto. Superada la conmoción y el cataclismo del encuentro inicial, vemos aquí a Ulises y Calipso igualmente satisfechos, el uno viviendo para ella, como una especie de emisario que le trae noticias del mundo, y a la otra como fuente de la alegría de él, como centro de sus atenciones y desvelos, erigida en el punto en donde todo converge: centro-hogar-caverna.

Paradójicamente, no es Ulises quien emprende el viaje, sino más bien Calipso quien de pronto, en la tercera parte, da

muestras de estar cansada de ese pequeño orden doméstico y manifiesta su deseo de salir de la gruta-hogar a conocer el mundo, con todo y lo amenazante que esto resulta para Ulises-Odiseo. A pesar de que el fantasma de los celos asoma su hocico, él se muestra dispuesto, o quizás solo resignado, a permitirlo, aún cuando todo parece indicar que los viajes de Calipso tienen también un ingrediente erótico.

De esta forma, Cuevas nos propone en esta obra una especie de meditación poética sobre el amor de pareja, en donde la escritura misma está atravesada por el deseo y el erotismo.

La escritura es entonces jadeante, viva, eréctil, rica en metáforas y circunloquios, en un esfuerzo desesperado por decir lo imposible. La mujer es metáfora del mundo y el mundo metáfora de la mujer: los sentidos se superponen y confunden, como se superponen y confunden las identidades de los amantes.

"Ostra, caracol, madrepora; almeja abierta al sol sobre la playa, jazmín

al caer el sol en el verano, tierra que rezuma roturada: tu olor se funde con el resto como en el caos inicial del que proviene (cuando trasuntaban desde el lodo primigenio los valores de la vida). Camuflada con el mundo, integrada a los humores invisibles delatores de la vida (al del musgo, al de los naranjos en flor, al de los pinos), presencia invisible que se huele y se adhiere a los objetos colindantes, basta con ventear tu alrededor con los belfos distendidos para conocer la unidad del espacio en que vivimos, las estrechas relaciones de todo lo que existe, para intuir el eslabón que nos

corresponde en la cadena de la vida." (p. 25).

La búsqueda del amor es entonces un viaje iniciático al conocimiento de lo Real —un conocimiento que no puede ser intelectual ni intelectualizado, que es sentido, sentimiento, sensación, certeza—, y que sólo puede recrearse mediante estas metáforas y aproximaciones en las que todo el mundo, todo lo que existe, está presente y es vivido como unidad, en una experiencia única, definitiva y transformadora.

De ahí que una de las tareas del héroe moderno —y más modestamente, una de las tareas de cualquier ser humano—, sea emprender este viaje y si es preciso dejarse el pellejo en él.